

EL TÍO MILHOMBRES Y EL ANILLO DE PLOMO

por

EL TITIRITERO

Es curioso cómo a veces nos asalta, irrumpe en nuestra cabeza, el agradable recuerdo de un gesto, un olor, un sonido... un paisaje. Eso me sucede cada vez que abriendo el primer cajón de la cómoda, en desahucio, que construyó el tío Hipólito, saco y me pongo el pequeño anillo de plomo que me regaló Laurencia.

Hoy es un jueves cualquiera, como muchos otros jueves, lunes o domingos; uno o quince de mes... ¡estoy solo!. Estoy solo porque ella se fue, pero no añoro el pasado pues aunque, a veces, anduve con pasos inciertos siempre hice cuanto quise, por eso, siento alegría por lo vivido: la quise posiblemente más de lo que me quiso; podría estar triste, pero ¡no! porque la tuve... como se tiene el agua de la Fuente Grande entre las manos, pero ¡la tuve!

... Estoy solo y adormilado, es de noche, llevo puesto el anillo de plomo en el dedo corazón. El recuerdo se presenta en silencio, con parsimonia. Me retrotraigo en el tiempo: evoco, certifico y constato la distancia, pero al recordar recupero un paisaje al que pertenezco y que me pertenece... aunque no nos gocemos. Lo noto. Lo siento. Percibo su falta. Quizás haya habido momentos de distracción pero, nunca, nunca, de olvido. Este poderoso anillo nos ata, nos vincula a mí y a la tierra ausente, amada... Me dejó llevar por la imaginación y vuelvo... Regreso atravesando las tres puertas del infierno y una muralla cerrada por dos grandes picos: El Cucurucho y El Castillo. El poblado sigue en la ladera de la montaña, sus calles parecen más angostas, las casas más blancas, el pinar más frondoso y perfumado... Aspiro profundamente, siento el aroma del espliego, la resina y el romero; ¡chitón!, escuchad el sonido del silencio solo interrumpido por los latidos de mi corazón...

¡Que extrema la pobreza en la España de los 50! ¡Cuántas penurias las de nuestra gente! Fui a la escuela ubicada en la plaza que preside ese frondoso y centenario olmo que, quizás, inspiró el poema al olmo seco. No fui un brillante alumno, no me gustaba la escuela, siempre aproveché los permisos de visita a "la calleja" para escabullirme y no regresar hasta el día siguiente en que el maestro, todo sabiduría, me acogía con una amplia sonrisa.

Olvidé presentarme: soy Leopoldo Arias, el hijo del "Tío Mil Hombres". Dado que mi padre marchó sin hacer testamento, por no poseer bienes terrenales, me quedé con cuantos conocimientos y sentimientos fui capaz de atesorar y también con su bien máspreciado: el mote de "Tío Mil Hombres". Fue un gran tipo mi viejo: contradictorio, impredecible, inclasificable, al que daba gusto escuchar cuando hablaba porque, cuando hablaba, decía y no siempre lo que tocaba.

El primer "Tío Mil Hombres", fue mi tatarabuelo al que poseer un cuerpo canijo y enclenque no le impidió ser bravucón y jactancioso, de ahí que burlonamente se le adjudicase este nombre... Fue asesinado de un campanazo por el tío Mantilla, que no era mucho más espabilado. Después escondió, el muy ignorante, el cadáver en las cuevas que hay entre la Fuente Grande y la del Bronchero.

Estuve en casa hasta los 20 años, haciendo cuantas labores de campo me fueron requeridas por mi padre: sembrar judías en la Hocesilla, patatas en el Cañizar, apacentar corderos y cabras, segar, trillar y acarrear en las Modorras... Y en las trasnochadas y días de asueto, acudí a la taberna de la tía Fidela para tomar unos chatos, pero eso ya de zagalón porque, antes me dediqué a apedrear perros, acorralar gatos y sacar los huevos a la gallina antes de su puesta...

Tuve una novia, Rosario la hija de Elías, tenía los ojos triste pero poseía la gracia de una diosa egipcia, con el paso de los años no la he olvidado...

Siempre tuve afán de águila de altos vuelos. Mis brazos largos estaban engarzados a un cuerpo menudo, ágil y ávido de sensaciones, con una cabeza llena de preguntas a las que deseaba dar respuesta antes de envejecer ... Y así fue transcurriendo la vida, apática y anodina, hasta el gran día.

Un domingo de primavera aparecieron en el pueblo una "riata" de carretas con toldos de colores, tiradas por mulas. Al rato se oyó la trompetilla de Tiburcio anunciando la llegada de los ;;;;Cómicos de la Legua!!! y la representación de "Fuenteovejuna" de Lope de Vega en el salón de la Sindical. La noticia me llenó de júbilo porque, además de hallarme famélico, sentía una anemia sentimental que me empujaba al borde del abismo... Las malas lenguas del pueblo dijeron que eran "gentes de mal vivir": pícaros muertos de hambre, baldueños, amorales... ;promiscuos! ... Esto, a mis ojos, envolvió a los titiriteros con un halo fascinante que me permitió soñar que junto a ellos recorría, legua tras legua, incansable, hasta el último rincón de un país en escombros...

Fui a la plaza a contemplar la acomodación de estos personajes. El alma me dio un vuelco... ;que maravilla! Jamás mis ojos habían contemplado tan asombroso espectáculo de color, vida y movimiento: voces enérgicas, apasionadas; mujeres bellas de largo pelo azabache y marcados rasgos faciales que delataban su ascendencia gitana, ataviadas con vistosos y atrevidos ropajes, con enormes aros colgando de sus orejas. Todavía se ruboriza mi piel y mi alma cuando lo pienso...

Vestido para la ocasión (pantalones de pana negra y camisa blanca de la fiesta) me fui al teatro. Llegué con 20 minutos de antelación, la gente se agolpaba a las puertas del salón, conseguí entrar sigilosamente y sentarme en el primer banco, previo pago de las 2 pesetas de la entrada. Para mí era algo nuevo, nada que ver con los sainetes que, de manera burda y rudimentaria, representábamos en el huerto de la Antonia. Visto con mis ojos de hoy el montaje era más bien simple y pobre: unos troncos de pino cruzados con tablas formando un escenario, provisto de una raídas y deslucidas cortinas rojo cardenal, un viejo somier de matrimonio y un par de colchones de lana recubiertos por una tela tejida con hilos dorados dibujando pagodas y almendros; no hacía falta mucho más, todo me pareció extraordinario.

El espectáculo se inició con música de guitarra, triángulos, botellas de anís y cajones, que envolvió la Sindical... a continuación un mago hizo unos juegos de manos con la colaboración de Rafael, el de la Tahona, que con ojos pasmados vio aparecer y desaparecer una paloma de su gorra, y con Aurelia, la de la tienda, que no paró de escupir monedas de real por las orejas; se recitaron poemas y, acto seguido, dio comienzo la representación en verso de "Fuenteovejuna"... Me pareció tan excelente, me dejó tan impresionado, que aún hoy vibro al escuchar "¿quién mató al comendador?" y respondo impetuosamente ;Fuenteovejuna, señor!. Considerando la obra hoy, me da la impresión de que hemos avanzado poco, de que Lope no pasa de moda, de que sigue viva la lucha de la mujer contra el abuso del hombre, del pueblo contra la tiranía del dictador...

Finalmente apareció en escena Laurencia, la protagonista, que bajando del escenario se dirigió a mí para pedirme que bailara con ella ese tango que dice: "Sus ojos se cerraron y el mundo sigue andando..." No, aunque quisiera no podría describir las sensaciones que se agolparon en mi cabeza y sacudieron mi cuerpo, pero si hacéis un pequeño ejercicio de empatía podréis saber lo que sentí... Como imaginaréis yo no había pasado de bailar uno de esos pasodobles tocados en la fiesta por Pajalargas, "cuanto ni más" un tango...y jamás, por mucho que porfié a Rosario, había sentido el calor, el aliento y la proximidad de un cuerpo y unos ojos tan negros que me penetraban hasta las entrañas con una picardía y un desparpajo que me provocaban un rubor que enrojecía mis mejillas. Como premio y colofón al espectáculo Eloisa (Laurencia en la ficción y un poco bruja) me leyó la mano diciendo que al día siguiente me alejaría del pueblo por un periodo largo, muy largo, me

regalo un anillo "mágico" de plomo que tenía la virtud de suavizar los efectos de la morriña a quienes, en la distancia, añoran la tierra y sus gentes.

... Y así fue. Al día siguiente ya era un miembro más de los "Cómicos de la Legua" con el consiguiente disgusto de mis viejos... Fui un empleado sin contrato de aprendizaje, ni derecho a seguridad social, ni contraprestación económica, solo por la cama y comida. Mi trabajo consistía en leer los textos en voz alta a los actores que no sabían ayudándoles a memorizar los diálogos y a desgranar algún que otro verso. Como comprenderéis, ésto me hacía sentir importante, intelectual, y, en gran medida, favorecía mis relaciones con las féminas; aunque debo admitir que mi instrucción era muy rudimentaria... i

Lo que en principio fue deslumbramiento por Lucrecia, se fue convirtiendo en amor apasionado que desembocó en compromiso de vida en común. Su alegría me hizo feliz, siempre mirábamos hacia delante en un mundo tremendamente difícil. Llegamos a ser famosos por toda la piel de toro. Eternamente nómadas, de pueblo en pueblo, de vida libre sin ataduras ni peso en las espaldas, vimos morir a unos y nacer a otros. En nuestras vidas se entrelazaba el dolor y la felicidad, los problemas familiares y los económicos, el hambre con el triunfo...

Nuestro colectivo seguía despertando sentimientos contradictorios: admiración, desprecio, alegría y odio... Fuimos incómodos, "políticamente incorrectos", por lo que un buen día, en tierra salmantinas, se nos aplicó la ley de vagos y maleantes... Huimos al otro lado del charco. Anduvimos recorriendo pueblos, ciudades, países, hasta que el cine y las compañías estables, poco a poco, fueron copando el sector y la llegada de un hijo nos hizo establecer nuestra residencia en Buenos Aires.

He sido bonaerense durante más de 33 años. He asimilado su acento, su jerga... He formado mi propia familia. He sido sensatamente feliz porque he amado intensamente a los míos. A pesar de ello, de tarde en tarde, y a medida que los años iban transcurriendo, he sentido la necesidad de mirar mi anillo de plomo para apaciguar mi nostalgia y acercarme a mis raíces reviviendo los paisajes, las costumbre, saboreando las gachas y el potaje, bebiendo agua de San Sebastián, bañándome en las tablas de Carrascallano ...

Hoy abrillanto mi anillo y decido que ha llegado el momento, el momento del reencuentro, del regreso al regazo materno.... Con el anillo de plomo en mi dedo corazón, abro fuertescusa.org y decido recuperar el nombre de "Tío Mil Hombres" para compartir con vosotros una memoria en común que ha sobrevivido, a las modas, la tecnología, los cambios culturales y a las crudezas políticas de dos continentes.

Te echo tanto de menos, Fuertescusa, que no veo el momento de verte, de escucharte, de sentir que, ¡tu también! recuerdas a este "Tío Mil Hombres" que un día partió en busca de gloria y regresa sin más pertenencias que las que caben en sus bolsillos.